

Testamento literario.

Tom Wolfe, fallecido el pasado mes de mayo, carga con virulencia en su último libro contra el padre de la Teoría de la Evolución y el revolucionario lingüista. 'El reino del lenguaje' acaba de publicarse en España

DARWIN, CHOMSKY Y MUCHO ACIDO LISÉRGICO

POR JORGE BENÍTEZ MADRID

El lenguaje es nuestra más imponente tarjeta de visita en el reino animal. La explosión de las capacidades cognitivas, como la creación artística, podrían haber coincidido con el lenguaje humano moderno hace unos 50.000 años. Éste no deja pistas en el registro fósil y por lo tanto sus teorías se basan en evidencias indirectas. Su origen y su evolución son todavía una nebulosa especulativa. Estamos ante un enigma que fascina a antropólogos, filólogos y psicólogos. Y a Tom Wolfe, claro.

Este gran reportero, arquitecto del Nuevo Periodismo, dejó poco antes de su muerte en mayo pasado un testamento arriesgado, lisérgico, que pretendía iniciar (a bofetadas) un debate muy interesante sobre si el lenguaje es un don o una herramienta adquirida. Para empezar duro, señaló dos dianas para sus misiles balísticos de mala leche: Charles Darwin y Noam Chomsky.

Wolfe (1930-2018) siempre fue un escritor de rociado de sal en las ampollas de la ortodoxia.



Tom Wolfe posa en La Pederla de Barcelona, ciudad que visitó en 2013. JOAN MANUEL BALIELLAS

Entre las víctimas de sus libros están los mundos del arte, de la política y la estructura por castas étnicas y religiosas de la sociedad americana, pero sorprendió con su ataque al padre de la Teoría Evolutiva (su manía a Chomsky era más previsible).

Wolfe es alguien con mucho más talento para las preguntas que para las respuestas. No se fía de la Teoría del Todo que explica nuestros orígenes y busca sus costuras –a veces forzosamente– en un tiempo en el que hemos aprendido mucho del *Homo sapiens*, pero lo desconocemos casi todo del *Homo loquax*, el hombre que habla.

En las primeras páginas de *El reino del lenguaje* (recién publicado en España por Anagrama) uno tiene miedo de encontrarse con un Wolfe gagá, un octogenario convertido al creacionismo (doctrina contraria a la evolución que defiende que la vida se originó por un impulso divino), si bien afortunadamente no es así. Su ensayo es un ejercicio de antifanatismo muy bien escrito.

A Darwin, acusado de plagiar a un científico olvidado llamado Alfred Russel Wallace, lo trata casi como si fuera un vendedor de hipotecas *subprime*. A su juicio, lo único que hizo este naturalista inglés fue

inventar una cosmogonía, un relato mítico (y customizado) del origen del mundo. Algo que han hecho todas las religiones. Para Wolfe tiene la misma credibilidad la idea de que los seres vivos no aparecen de la nada, sino que tienen un origen y van cambiando poco a poco (evolución), que el Génesis bíblico o la mitología vikinga.

Ninguna. «[La idea de Darwin] no era una demostración [...] aunque sincera, era pura y simple literatura». Lo más generoso que dice de esta teoría aceptada por el 99% de la comunidad académica es que es bienintencionada. Su éxito, dice, deriva de su

envoltorio de «hipótesis científica», ideal para venderse en una época tan racional como el último tercio del siglo XIX. El evolucionismo carece del mínimo rigor porque no presenta el testimonio de la prueba. ¿Cómo creer en algo que sólo podría comprobarse si alguien

PARA WOLFE LA
TEORÍA DE DARWIN
ES UN RELATO
MÍTICO QUE TIENE
LA MISMA CREDIBILIDAD QUE EL
GÉNESIS BÍBLICO

viviera seis millones de años?, se pregunta.

A Chomsky (1928) Wolfe lo engrandece artificial y malignamente para luego vapulearlo. Es presentado casi como el único teórico del lenguaje que ha existido, y eso es excesivo. Si es cierto que Chomsky revolucionó antes de cumplir los 30 la Lingüística con una tesis que fue muy aplaudida: el lenguaje no es algo que se aprende, sino que estamos dotados de un *órgano* que lo pone en funcionamiento al nacer.

Wolfe cuestiona al hoy profesor emérito del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) por ser un investigador de *mesa camilla* y despreciar los trabajos de Daniel Everett (1951) –profesor de fonética y fonología que ha convivido durante años con la tribu *piraha* en el Amazonas–, que ponen contra las cuerdas su teoría de la gramática universal.

Más allá de discusiones de teorías académicas, uno lo que cree es que, en realidad, la intención de Wolfe era encabronar a Chomsky en su propio terreno –el lingüístico– y, de paso, criticar su ideario político.

Cuando *El reino del lenguaje* se publicó en 2016 en Estados Unidos, Chomsky, que es tan zorro como lo fue Wolfe, se limitó a decir que sólo había leído un fragmento del texto publicado en una revista. «Estoy francamente asombrado por la publicidad que está recibiendo», declaró con desdén. Fue un regate inteligente.

Seguramente el autor de *Ponche de ácido lisérgico* y *La izquierda exquisita* se sintió decepcionado. Quería un último duelo intelectual de nivel antes de vestir su traje blanco como sudario. No podía pelearse más con un Norman Mailer o un John Updike, ya fallecidos. Darwin tampoco estaba para polemizar desde la Abadía de Westminster, donde está enterrado desde hace 136 años.

Chomsky era su última oportunidad. Lástima.